## Asesinato en el Grand Hotel

(extracto)

El camarero no tenía entre sus cometidos servir las bebidas en la piscina. En teoría, los huéspedes del exclusivo resort “todo incluido” *Lago Taurito* en el sur de la isla de Gran Canaria, tenían que ir al chiringuito a solicitar y llevarse de allí los cócteles que solicitaban.

Pero aquella morenaza exuberante no había querido esperar a que le preparara aquel daiquiri de fresa, y le pidió que se lo llevase a la piscina de chorros donde se encontraba.

En un principio iba a decirle que no, y de hecho, una vez que lo hubo preparado, lo dejó durante unos minutos sobre la barra, por si venía. No es que le importara llevárselo, pero podría ser visto por otros clientes, y le podrían pedir lo mismo.

Pero el caso es que la chica no aparecía, y aquellos hielos estaban comenzando a derretirse. Entonces fue cuando se decidió a servírselo en la piscina, aunque le vieran hacerlo.

Independientemente de que era un bellezón, había algo en aquella sonrisa que poseía una atracción casi magnética; algo que le llevaba a obedecer sin rechistar a lo que le había pedido.

Cuando llegó, la encontró en brazos de un hombre. Un señor que podría ser su padre, o incluso su abuelo, y con el que se estaba besando de forma apasionada dentro del agua, a un metro escaso de uno de los chorros que caían gentilmente sobre la piscina. Un hombre con el pelo recogido hacia atrás, y que, al igual que ella, llevaba puesta la pulsera de “todo incluido”.

—Señorita, le dejo aquí su bebida —dijo, posando el vaso sobre la mesita que estaba en la proximidad de donde se encontraban—. La chica le miró durante un instante sin dejar de besar al hombre, y no dijo nada. Por el contrario, se apretó todavía más contra él, y el camarero se marchó deprisa, ligeramente confundido.

—¿Salimos, cariño? —le dijo su compañero.

—Claro, Luis. No quiero que se me caliente ese daiquiri.

El hombre salió primero y se sentó en la hamaca procediendo a secarse con la toalla mientras la chica hacía lo propio. La verdad es que se le caía la baba al verla salir. Sus curvas de infarto, sus grandes pechos que sobresalían de un bikini que apenas le tapaba nada… La muchacha se puso a secarse el pelo haciendo una especie de trenza mientras lo escurría, y a la vez le miraba con aquellos grandes ojos ovalados. Unos ojos que le hacían al hombre anticipar otra noche de pasión desenfrenada.

«La verdad es que soy un tío afortunado», se dijo. «Quién me iba a decir a mí, que me iba a ocurrir esto», pensó.

A sus cuarenta y nueve años, aquella niña había venido como caída del cielo, y él estaba viviendo una segunda juventud con su bomboncito.

Luis Márquez había sido socio en un importante bufete de abogados con presencia internacional, pero había vendido su paquete accionarial para establecerse por su cuenta. Era un experto en derecho mercantil principalmente, aunque como abogado también tocaba todos los palos del derecho. El hombre asesoraba a algunas grandes empresas y les cobraba un mínimo de mil euros por cada hora de servicio, según los casos. A veces, incluso más. No le faltaba el trabajo, y era muy selectivo. Solo aceptaba los casos más jugosos, y se permitía rechazar a clientes incómodos o cuyos asuntos tenían la perspectiva de complicarse demasiado. Por eso, cuando aquella muchacha le llamó para pedirle su representación, no dudó en decirle que no. Pero cuando la vio en persona esa misma tarde, cambió rápidamente de opinión.

Luis acababa de divorciarse de su mujer, una acaudalada representante de la alta burguesía madrileña. El abogado había sido elegido por la chica por sus perspectivas, pero también por llamarse Luis, igual que se llamaba su padre. Fetichismo, sin más, pero así era Laura en su locura.

Pero este otro Luis estaba encantado. Las fotos que se habían hecho los dos unos minutos antes en aquella piscina, ya estaban circulando entre sus amigos, que no paraban de enviarle mensajes de asombro. Pero lo bueno es que estaba seguro de que alguna de esas fotos llegaría a su exmujer, y eso era lo que más le satisfacía de todo aquello. Aparte, lógicamente, de los festines nocturnos o matutinos, porque de todo había.

La chica se tumbó en la hamaca para terminar de secarse con el sol, y entonces le dijo:

—¿Tú crees que le podremos sacar un buen pico a ese desgraciado?

—Estoy seguro, cariño. Ese cerdo va a pagar por lo que te hizo. Eso, no lo dudes.

—Pero, ¿crees que puede ser un problema que yo ya tenga dieciocho años?

—De ninguna manera. Los hechos se produjeron cuando tú eras menor. Eso es lo que importa.

—De todas maneras, Luis —comenzó a decirle tras abandonar su hamaca y poniéndose a horcajadas encima de él, con su boca a escasos centímetros de la suya—, no me gustaría que mis padres se enteraran de esto. ¿Me oyes?

—Tranquila, Laura, eso no puede ocurrir.

—Me sentaría muy mal… y me enfadaría mucho contigo —dijo, con la cara seria, y como amenazándole.

Él la besó y atrajo su cabeza contra sí para darse ambos un profundo beso. Tras unos instantes, se separaron y la tranquilizó, diciendo:

—En la denuncia no pusimos en ningún momento la dirección de tu madre, ni la de tu padre. Pusimos como dirección de comunicaciones mi despacho de Madrid. Allí enviarán cualquier recurso, diligencia, o lo que sea.

—Ya, pero en mi documento de identidad figura como mi dirección la de mi madre. Y allí es donde todavía estoy empadronada. ¿No?

—Eso ya no es así, Laura. Ahora estás empadronada conmigo, en mi casa, como me dijiste.

La muchacha sonrió y volvieron a darse otro apasionado beso. Tras unos instantes, le dijo:

—Estás en todo, amor. Veo que no me equivoqué cuando te elegí como mi abogado.

—Soy el mejor de todos, mi vida, pero me tienes que explicar qué tienes en contra de tus padres.

Entonces ella frunció el ceño y se levantó para volver a colocarse sobre su hamaca. Siguió tomándose el daiquiri, aunque lo abandonó hacia la mitad porque ya no estaba tan frío.

—Anda, Luis, tráeme otro como este —ordenó.

El hombre obedeció presto, y cuando volvió y se lo entregó, le preguntó:

—¿Por qué se separaron tus padres?

Laura probó la bebida y sonrió maliciosamente. Después dijo:

—Porque yo hice que él la dejara. Mi padre no puede compartirme con nadie más.

—Tu padre… ¿compartirte?

—Sí —continuó, dando pequeños sorbos con la pajita—. Mi padre es otro cerdo, como lo es ese desgraciado inglés.

—¿Ah sí?

—Me traicionó. Me traicionó y me engañó —siguió bebiendo, sin mirarle.

—Pero, te hizo algo más que…

—Y a mí no me traiciona ni me engaña nadie. Y quién me la hace, me la paga —ahora sí que le miró, pero enseguida volvió a concentrarse en el daiquiri—. Así que, hace dos años, me tuve que largar de mi casa.

—Pero, ¿por qué te traicionó?

—Porque se trajo a una puta a vivir con nosotros.

—¿A una puta?

—Sí. A una guarra rumana, que además vino preñada. El muy cerdo la preñó para así poder tener a otra niña —dijo, con una mirada de intenso odio—. Como si no tuviera bastante conmigo, me abandonó por esa puta y por la bastarda de su hija.

—¿Cómo? ¿Te abandonó?

—No. Ya te estoy diciendo que me tuve que ir yo. Como comprenderás, no iba a quedarme allí, tan pancha, viendo cómo se acostaba con ella, ¿no te parece?

—Pero, no entiendo…

—Escucha, Luis —interrumpió—. ¡Tú no tienes que entender nada! ¿Me oyes? —dijo, casi gritando—. Cuando me fui de allí lo denuncié por abuso sexual, y los muy inútiles del Juzgado lo único que hicieron fue ponerle una orden de alejamiento. Pero todavía no me han llamado para el juicio, y ya hace casi dos años desde que pasó aquello. Espero que, cuando algún día lo hagan, no llegue la notificación a la casa de mi madre. ¿Está claro?

—No lo harán, Laura —dijo, aturdido—. No lo harán porque tú ya estás empadronada conmigo, y además la última denuncia que hemos puesto, la de Dasley, hemos consignado a mi despacho como tu domicilio legal. Y por cierto, tenemos cita la semana que viene para cambiar la dirección de tu DNI. Puedes estar tranquila, cariño.

Ella sonrió y volvió a sorber la pajita con aquellos labios carnosos, mientras le miraba con cara libidinosa. Luis hubiera querido indagar más sobre todo aquello, pero temió enfurecerla más y cambió de tema:

—Y… ¿tu madre? —preguntó, con cautela.

—Mi madre, ¿qué? —dejó la copa sobre la mesita y puso cara de desagrado.

—Entiendo que, cuando te fuiste de casa de tu padre, te fuiste con ella, ¿no?

—Sí.

—Y, ¿qué te ha hecho?

La chica suspiró y luego dijo:

—De casa de mi madre me tuve que marchar hace poco, por razones parecidas.

El abogado la miró con extrañeza, pero no se atrevió a decir nada. Ella continuó:

—También me ha hecho *una putada* bien gorda, ¿sabes? Joder, con lo bien que estábamos las dos juntas… Pero nada. Se tuvo que buscar un *chorbo*… como ese.

—¿Cómo quién?

—Se puso a salir con un *sudaca*, con el que se terminó casando. ¿Me oyes? ¡Se casó con un *sudaca* que podría ser su hijo! ¿Qué te parece?

—Pues no sé, Laura… —comenzó a decir, con miedo—. ¿Te molestó que ese hombre tuviera relaciones con tu madre, entiendo…?

—Vamos a ver —se incorporó—, mi madre puede acostarse con un asno si le da la gana. ¿Entiendes? Yo no me voy a meter en eso. Pero que se casara con un *sudaca*, con ese haragán que se trajo de algún tugurio de Guayaquil o de cualquier otro sitio de Ecuador… ¡Para estar manteniéndolo durante toda su vida! ¿Me oyes? Porque eso es lo que hace esa gentuza, ¿sabes? Se camelan a la gente decente, y luego viven a su costa. El muy cerdo… ¡Menudo *braguetazo*! ¡Menudo ridículo cuando se enterara mi padre! ¡Lo que se habrá reído de ella! ¡Es que es de chiste! ¿No te parece? —preguntó, y siguió, sin esperar respuesta—. Mi madre estaba totalmente *enchochada* con él, ya te digo. Y, por si fuera poco, lo que ya me terminó de rematar, e hizo que me largara en el acto, fue que se trajera a su hermana a vivir con nosotros. ¡El colmo!

—¿A tu tía?

—¡No, idiota! ¿Cómo va a ser mi tía? ¡Yo no tengo ninguna tía! ¡Se trajo a la hermana de él a vivir con nosotros! ¡La hermana del *sudaca*, joder! ¿Qué te parece? ¡Una puta, Luis! ¡Una puta!

—Una puta… ¿como la rumana esa que se trajo tu padre?

—¡No! ¡Mucho peor! ¡Esta es de las de verdad! La hermana de ese *panchito* hacía de puta en algún antro de Guayaquil, no te digo más. Pero allí le debían de *dar caña* de la buena, y se largó, y se vino también a mi casa para que mi madre los mantuviera a los dos… ¿Qué te parece? Y encima, creo que también vino con *un bombo*.

—¿Embarazada?

—¡Pues claro! A saber de quién.

—Ya…

— Como comprenderás, yo no me iba a quedar allí, aguantando todo eso.

—Joder, Laura, ¡qué familia tienes! —comentó, por decir algo.

—Pues, ya lo ves. Mis padres no han hecho más que hacerme *putadas*. Desde ese día no quiero saber nada de ellos, ni quiero que ellos sepan de mí absolutamente nada. ¿Me oyes? Para ellos, yo estoy muerta, y los muertos, ni llaman a los vivos, ni estos reciben cartas de ellos. ¿Está claro?

—Claro como el agua, mi vida.

—Anda, tráeme otro daiquiri, porque este ya está caliente.